

Por tercer año consecutivo el número de personas que no tienen qué comer ha aumentado en el mundo.



La evitable lacra del hambre

La pandemia de la obesidad que asola a las sociedades desarrolladas tiene su cruel reverso en los millones de seres humanos que pasan hambre a diario en todo el mundo. Una lacra que supone un evidente fracaso de una humanidad maravillada por sus logros tecnológicos e incapaz de poner freno a este estigma que nos avergüenza como especie.

FERNANDO GEIJO

✉ fgeijo1967@gmail.com

📷 @fergeijo

📘 Fernando Geijo

El hambre y sus grados

- **Subnutrición:** Cuando la ingesta de nutrientes se encuentra por debajo del mínimo requerido por edad y sexo.
- **Desnutrición:** Provoca frecuentes enfermedades e infecciones, que pueden llegar a ocasionar la muerte en las personas afectadas por una inclusión insuficiente en su dieta de calorías, en forma de proteínas y micronutrientes necesarios para la vida. Su gravedad se determina por el peso o talla y la edad.
- **Emaciación:** Cuando se produce un adelgazamiento severo provocado por la desnutrición aguda como resultado, por lo general, del hambre crónica y/o de una enfermedad degenerativa.

CADA DÍA alrededor de 7.000 niños mueren de hambre en el mundo. Casi 300 por hora, las 52 semanas y los 365 días del año. De hecho, en las zonas más desfavorecidas del mundo muchos padres ni siquiera se molestan en ponerles nombre por temor a que no sobrevivan a las primeras semanas desde su, ya de por sí peligroso, alumbramiento.

En términos absolutos, más de uno de cada 10 habitantes del mundo pasa hambre. Un 11% de los 7.500 millones de almas que pueblan el planeta Tierra. La población conjunta de los Estados Unidos y del continente europeo. Un total de 821 millones de personas malviven en

el seno de la extrema pobreza, con menos de un dólar al día, sobre todo en zonas de África, Asia y América Latina. Y lo peor de todo es que este fracaso colectivo de la humanidad se podría solucionar con voluntad política, destinando mayores recursos a la cooperación, y un aumento de la concienciación social de los ciudadanos del mundo desarrollado para luchar contra el creciente desperdicio de alimentos.

Pero las cifras de Unicef van más allá de la mera estadística y destacan un drama que, según muchos expertos, se podría solucionar con una adecuada planificación y previsión. No en vano, Waldo Fernández, del Departamento

mento de Estudios y Documentación de Manos Unidas, considera que la lacra del hambre es “inaceptable” en la sociedad actual.

Origen multicausal. Para el responsable de Manos Unidas, el hambre es un problema con múltiples causas y que, por ende, necesita también de un enfoque que lo aborde desde diferentes disciplinas para tratar de buscar soluciones efectivas que puedan conseguir su erradicación definitiva en un plazo, al menos, razonable. En este sentido, la concepción mercantilista de los alimentos como meros productos de intercambio con los que comerciar y, por tanto, apuntalar las bases del enriquecimiento propio de la economía capitalista, unido a la ilógica distribución de la producción, al servicio de la satisfacción de efímeras modas pasajeras, y de los cambiantes criterios de la demanda del mercado, obviando los daños medioambientales y el desplazamiento de las poblaciones autóctonas que, en ocasiones, conlleva para saciar esos mismos intereses, suponen los grandes ejes sobre los que actuar en el futuro.

Fernández pone el dedo en la llaga al insistir en que el problema del hambre es, hoy en día, más inaceptable que nunca, ya que gracias a los avances tecnológicos en materia agrícola la humanidad está en disposición de producir alimentos más que de sobra para los 7.500 millones de habitantes de planeta. Sin embargo, un reciente informe de la FAO, Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, desvela que por tercer año consecutivo el número de personas que padecen hambre ha aumentado en el mundo, al pasar sólo en 2018 de 805 a 821 millones.

No más excusas. Ante la cruda realidad de estas cifras, Waldo Fernández va más allá y considera que la escasez de alimentos no se debe sólo a causas naturales, como sequías, desastres naturales y plagas que dejan paupérrimas cosechas, sino, fundamentalmente, “al comportamiento humano”.

Ante este panorama, los pasados 16 y 17 de octubre se celebraron, como cada año, el Día Mundial de la Alimentación y el Día Internacional para la Erradicación de la Pobreza, respectivamente, en los que se destacó que el problema del hambre no está, ni mucho menos, en vías de resolución. De hecho y según el último informe de la FAO, la cifra de hambrientos no para de crecer, al pasar de 783 millones en 2014 a esos 821 millones de personas a los que se hacía referencia más arriba. Sin embargo, y a la vista de estas desalentadoras cifras, la pregunta que planea es si estas celebraciones sirven realmente para avivar las conciencias individuales y colectivas.

El pretexto para no ser solidarios tras los escándalos protagonizados por algunas Organizaciones No Gubernamentales (ONG) o la manida idea de que, a la postre, la ayuda no llega a su destino y es desviada por los gobiernos corruptos y los sátrapas presentes por doquier a lo

Por si las dudas



► **Informe de la FAO sobre el estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo, 2017.**

<http://www.fao.org/3/a-I7695s.pdf> 



► **Objetivos de desarrollo sostenible de la ONU. Son 17 y el segundo de ellos se refiere al ‘hambre zero’.**

<https://bit.ly/2lyxOPY>



► **Campaña contra el hambre de la organización Manos Unidas.**

<https://bit.ly/2CXZzRF>



► **Organización no gubernamental Acción contra el Hambre**

<https://bit.ly/1TE7VQE>



► **Día Mundial de la Alimentación (FAO).**

<https://bit.ly/ZS9x0N>



largo y ancho de los países que integran el denominado ‘Tercer Mundo’, no es más que eso, una disculpa para tratar de justificar la inacción de gobiernos y particulares frente a un problema que clama por una solución que afronte el problema desde la raíz.

La tecnología nos ha permitido, en las últimas décadas, aumentar exponencialmente nuestra capacidad para producir alimentos hasta llegar a multiplicarla por tres. De hecho, hoy producimos una media de un 17% más de calorías por persona que hace 30 años, a pesar de que la población ha aumentado en un 70% en ese lapso de tiempo.

A tenor de estas cifras no cabe duda de que la solución del hambre implica facilitar el acceso a los alimentos, ya que parece evidente que el problema técnico de la producción ha sido superado. Es lo que el ya desaparecido Papa Juan Pablo II llegó a denominar ‘la paradoja de la abundancia’, al hacer hincapié en cuestiones como el derroche, el descarte y el consumo excesivo de comida como aspectos a considerar para afrontar el desafío del hambre en el mundo.

Negocio frente a derecho. Si hay un aspecto de este inmenso puzle que es el hambre que levanta un clamor unánime por parte de todos los expertos en la materia es,



La cruda realidad

- 821 millones de personas sufrieron hambre en 2017.
- Unos 7,6 millones de niños menores de 5 años mueren al año por causas fácilmente subsanables.
- 633 millones de personas carecen de acceso al agua potable.
- 1.200 millones de personas sobreviven en la extrema pobreza, con menos de 1,25 dólares diarios, y 2.600 millones en pobreza relativa, con menos de 2 dólares al día.
- En el mundo hay 781 millones de analfabetos.
- 2.400 millones de personas no tienen instalaciones sanitarias.
- 1.500 millones de personas tienen casas sin las más mínimas condiciones de habitabilidad.
- El 72% de los trabajadores del mundo no tiene seguro de desempleo.

Fuente: Manos Unidas y Organización de las Naciones Unidas (ONU).

➔ sin duda alguna, el desperdicio de alimentos mediante el descarte selectivo de los mismos. El despilfarro de productos alimentarios representa, sólo en España, que el 42% de la comida que se tira a la basura provenga del consumo doméstico. Un porcentaje que evidencia a las claras que nuestra forma de alimentarnos, y, por tanto, de adquirir la comida, unido al abuso alimentario que conlleva y a la denominada PDA (acrónimo de pérdida y desperdicio de alimentos) entraña graves consecuencias para los habitantes de las zonas más desfavorecidas del planeta.

No en vano, se calcula que nada menos que un tercio de todos los alimentos que producimos en el mundo

terminan en el cubo de la basura o abandonados a su suerte en los campos de cultivo al no cumplir con los exigentes estándares de belleza que demanda la sociedad actual a los alimentos.

Asimismo, la mercantilización de los alimentos, provocada por su control en manos de unas pocas multinacionales que consideran su producción como un mero negocio, implica evidentes efectos negativos en el reparto de los recursos alimentarios, gracias a la imposición que realizan estas grandes corporaciones en los precios en origen y, por consiguiente, en su distribución en los mercados mundiales, priorizando el beneficio económico por encima del derecho a la alimentación.

Y ese compromiso de 'todos' es precisamente la clave para lograrlo, mediante el necesario impulso de la soli-

daridad ciudadana, que permita compartir los bienes con los más pobres; controlando nuestro, en ocasiones, irresponsable consumo de alimentos, y, por último, influyendo en las empresas para que adopten unas políticas y prácticas empresariales alineadas en la resolución de esta lacra social.

Precisamente para reflexionar sobre estos aspectos, Manos Unidas celebró en Dakar (Senegal), entre el 27 y el 31 de octubre de 2018, el *II Encuentro Internacional sobre el Derecho a la Alimentación en África*, que contó con la presencia de expertos de organizaciones humanitarias desplegadas sobre el terreno en Burkina Faso, Camerún, Congo, Marruecos y el propio Senegal, así como de Rapda (Red Africana por el Derecho a la Alimentación). En el mismo, se proclamó la Declaración de Dakar que recoge los compromisos fundamentales adquiridos para seguir avanzando en el objeto del derecho a la alimentación en África.

Asimismo, el pasado 10 de diciembre se celebró el *Día de los Derechos Humanos*, que en esta ocasión coincidió con el 70 aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, en la que se destacó el incumplimiento de uno de ellos: el derecho a la alimentación.

Y en España... En nuestro país hay 2 millones de personas en situación de insolvencia alimentaria, según datos del *Informe social sobre el estado social de la nación 2017*, mientras que acorde con la Agencia Española de Consumo, Seguridad Alimentaria y Nutrición (AECOSAN) cada español tira al cubo de la basura comida por valor de 250 euros al año, a lo que habría que añadir los alimentos que no se cosechan por no cumplir con las normas estéticas de aspecto y calibre; los que desperdician las propias cadenas de supermercados por motivos de caducidad; los descartes realizados en la propia cadena productiva, y la comida que arrojan al cubo los restaurantes, colegios, hospitales, escuelas, entre otros. Todo un lujo que resulta un auténtico dislate, mientras que las autoridades políticas anunciaron hace unos meses a bombo y platillo en el Senado un compromiso para erradicar el despilfarro con recomendaciones y propuestas al respecto que, dadas las escasas potestades de la Cámara Alta, se han quedado en meras recomendaciones de buena voluntad, sin compromisos específicos a los que hacer un seguimiento puntual.

Los seres humanos nos maravillamos hoy en día, con toda la razón, de los grandes logros conseguidos por el esfuerzo colectivo de las personas. Pisar la luna, alcanzar Marte, vencer a pandemias y enfermedades, y la evidente prolongación de la esperanza de vida hasta sobrepasar ampliamente en algunos países la barrera octogenaria, son sólo algunos de los más notables. La tecnología moderna está alcanzando unas cuotas de magnificencia que nos hacen albergar la esperanza, aún remota, de llegar a vencer algún día a la propia muerte. Sin embargo, los vagones de cola del desarrollo humano siguen atestados de millones de seres humanos que claman por una solución a problemas tan básicos como su alimentación diaria. ●

Cada día alrededor de 7.000 niños mueren de hambre en el mundo. Casi 300 por hora, las 52 semanas y los 365 días del año



CLARA PARDO,
presidenta de Manos Unidas

✉ <https://www.manosunidas.org/>

🐦 @ManosUnidasCR

El hambre existe: doy fe

EN pleno siglo XXI, y en un mundo de abundancia, el hambre es una lacra vergonzante que condiciona la vida presente y futura de 821 millones de personas. ¡821 millones de seres humanos! La suma del total de la población de Europa y Estados Unidos. Una cifra tan brutal que cuesta asimilar, comprender, digerir... Un dato que podría formar parte del frío mundo de las estadísticas si no fuera porque, detrás de cada uno de estos números, hay una persona, que siente, sufre, sueña y vive como cualquiera de nosotros.

Hace solo unas semanas que he regresado de Colombia. Durante unos días he podido conocer la realidad menos conocida de ese gran país hermano... En Colombia he visto el rostro del hambre y le he puesto un nombre: Calmides, un pequeño de la comunidad indígena Wuayuu que vive en un pequeño poblado en medio del inhóspito desierto de La Guajira. Calmides, que tiene diez años, aunque por su tamaño no aparenta más de seis, vivirá toda su vida con las secuelas que le ha dejado el hambre: una discapacidad intelectual que no le va a permitir desarrollarse como a cualquier otro niño de su edad. Y en La Guajira he visto, también, el dolor del hambre reflejado en los ojos de la madre de Calmides.

El hambre no es ni una fatalidad, ni el fruto del destino; el hambre es la consecuencia inaceptable de un mundo organizado de manera que los intereses económicos prevalecen sobre los de las personas.

Hay una frase de Jean Ziegler, analista político y ex relator especial de Naciones Unidas para el derecho a la alimentación, que resume mejor que miles de discursos la realidad del hambre: "No hay fatalidad; que un niño muera de hambre es asesinato." Dura y terrible realidad, que afecta a millones de pequeños, como Calmides, cada año.

Aunque conozcamos sus consecuencias, para quienes tenemos la fortuna de haber nacido en una de las regiones privilegiadas de la aldea global, es imposible explicar lo que es y supone el hambre. Nadie puede acostumbrarse a tener hambre. Y más allá, nadie puede hacerse a la idea de que el mundo muestre su total indiferencia ante ese hambre.

Caddy Adzuba, premio Príncipe de Asturias de la Concordia y gran luchadora por los derechos de las mujeres en la República Democrática del Congo, a quien tuve el inmenso honor de recibir en Manos Unidas, lo expone con dolor: "¿piensas que alguien se puede habituar a tener hambre?"

¿Crees que te puedes acostumbrar?", se pregunta... Y ella misma responde "la respuesta es 'no', porque tu corazón no lo soporta. Además de todos los signos físicos externos que indican malnutrición, tu corazón no puede comprender que esto esté ocurriendo...".

Los datos vergonzantes del hambre en el mundo reclaman a voces denuncia, acción y cambios en nuestra actitud y en nuestros estilos de vida. Desde estas líneas te pido, querido lector, que nos acompañes en nuestra batalla contra el hambre. Un trabajo que es la continuidad de una ambiciosa tarea que comenzaron, hace ya 60 años, un grupo de mujeres de Acción Católica y que responde a una declaración formal de guerra: "Todas unidas y en conexión con todos aquellos que se consagran a la misma tarea, podemos mucho más de lo que creemos. No se necesita más para acometer la empresa. Declaramos la guerra al hambre."

Hoy, 60 años después, en Manos Unidas continuamos trabajando con el mismo espíritu y entrega de nuestras fundadoras, porque no podemos ni queremos dar la espalda a una terrible realidad que afecta a más de 800 millones de personas, mientras que 1/3 de los alimentos que se producen acaba en la basura. "No puede ser que no sea noticia que muere de frío un anciano en situación de calle y que sí lo sea una caída de dos puntos en la bolsa. Eso es exclusión. No se puede tolerar más que se tire comida cuando hay gente que pasa hambre. Eso es inequidad (...)", nos decía el Papa Francisco.

Nuestro trabajo se empeña en cambiar las realidades más tozudas y, con grandes esfuerzos, termina por conseguirlo. Con el compromiso de nuestros más de 76.000 socios, de la confianza que depositan en nuestra labor cada vez más empresas, grandes y pequeñas, y el trabajo de nuestros más de 5.000 voluntarios y contratados, se ha materializado en unos ingresos anuales, alcanzaron los 48,6 millones de euros, que se destinan a los fines que tiene Manos Unidas, la ONG de la Iglesia católica: la sensibilización de la sociedad española sobre unas realidades que a nadie deberían ser indiferentes, y la financiación y apoyo de proyectos de desarrollo. Así, de este esfuerzo han surgido 570 nuevos proyectos de desarrollo, por importe de más de 41 millones de euros, tendentes a producir cambios en la vida de más de 1,5 millones de personas.

Todas estas personas que nos apoyan han sido capaces de mirar más allá de nuestras fronteras y de sentirse apelados por el sufrimiento de quienes no han tenido la fortuna de nacer en países privilegiados como el nuestro.

Animo a que, en el año en que Manos Unidas cumple 60 años, sean muchas más las personas que hagan suyas las palabras de nuestras fundadoras: "Un solo obstáculo en la lucha contra el hambre sería insuperable: creer en la victoria imposible" y se sumen a nuestra batalla. ¡Gracias!

«El hambre no es ni una fatalidad, ni el fruto del destino; el hambre es la consecuencia inaceptable de un mundo organizado de manera que los intereses económicos prevalecen sobre los de las personas»